

## EXTRACTO: ANATOMÍA DE UN ATENTADO

De regreso a casa discute con los compañeros las incidencias del día. Entre todos analizan posibles variantes para realizar el atentado, dónde posicionarse, por dónde huir, cómo y en qué punto de la ciudad reagruparse, cuáles son las vías de escape, qué hacer en caso de que alguno de ellos sea alcanzado.

–El objetivo está ya definido –dice Argia.

–¿Quién es?

–El magistrado del Tribunal Supremo del que os hablé el otro día.

–¿Y cómo lo vamos a hacer, tienes ya resuelto las vías de salida?

Sí –responde Argia– está todo planificado, incluidas las posiciones de cada uno de vosotros en el atentado. No hay mayor dificultad. Horarios, calles, rutinas, todo está ya estudiado –finaliza como el opositor que no alberga dudas sobre el temario y puede responder cualquier pregunta que le quiera hacer el tribunal examinador.

–¿Cuándo lo hacemos, pues?

–El próximo jueves, a las diez de la mañana. Esta noche abordaremos todos los detalles, lo estudiamos en conjunto, y en las próximas jornadas y hasta el día del atentado, cada uno aporta sus objeciones. Pero ya digo, he estudiado a fondo la ejecución y considero que la víctima es fácil de abatir –concluye Argia.

–¿Si algo sale mal, sabes ya cómo organizamos la huida?

–En caso de que aparezca algún contratiempo hay varios pisos francos en la ciudad donde refugiarse, y todos debemos saber dónde están. Hay también varios apartamentos de gente amiga, lugares donde en caso de necesidad se puede pasar la noche, o varios días, hasta que la salida pueda ser segura –añade.

Argia insta a los miembros de su grupo en tenerlo todo en la memoria. Ni una sola anotación. Deben aprender nombres y direcciones, como los escolares memorizan de corrido la lista de los reyes godos. Números de teléfono, calles de la ciudad, nombres de colaboradores. Sin usar ni papel ni bolígrafo. Argia obliga a los miembros de sus comandos a estudiar de firme los datos y documentación que les facilita. Pero no todos tienen la capacidad de su líder para el aprendizaje, ni su bagaje intelectual. Un fresador de Bilbao o un pescador de Bermeo, sin estudios, difícilmente tienen capacidad para tanto.

–A mí esto no me entra, Argia, tengo mala memoria.

–Pues échale más horas. Duerme menos y estudia más –le responde autoritario.

De noche, se relajan viendo un poco de televisión. Julen se ausenta del grupo para leer ensayos de Historia o de economía. A veces cae en sus manos algún libro de poesía, y recuerda a Mainer. A él también le gustaría volver a encontrarla algún día.

Llega el día. El atentado está listo, la víctima tiene las horas contadas.

El día amanece con niebla. Es febrero, y hace frío en Madrid.

Antes de que amanezca, tres miembros del comando están en camino. La noche anterior han repasado exhaustivamente los detalles de la operación. Argia es el encargado de tirotear al magistrado decano del Tribunal Supremo a su salida del mismo. Cuando abandone la plaza de Las Salesas de Madrid y enfile la calle de Fernando VI en dirección a la plaza de Barceló, Juan Mari Etxebeste conducirá la potente moto que viene utilizando Julen hasta la fecha para alcanzar el coche del magistrado. Aritz esperará con su coche en las inmediaciones de la plaza de Castilla a

que lleguen sus compañeros, para, carretera adelante, huir todos juntos y refugiarse de nuevo en la Sierra madrileña.

A eso de la una del mediodía, cuando el tráfico es espeso en la capital de España, comienza la *ekintza*. Julen sabe que el magistrado realiza siempre el mismo itinerario para regresar a casa. Ha estudiado cuáles son las calles descongestionadas que llegan directas hasta donde Aritz espera con el coche dispuesto para huir a toda pastilla.

Alrededor de la una, cuando el magistrado estudia un recurso en el asiento trasero de su coche oficial, que por increíble que parezca aún no ha sido blindado, el comando avista el coche. Le sigue a una prudente distancia. La moto avanza en medio del tráfico hasta llegar junto a él, y Julen se dispone a sacar de la sobaquera la pistola y comenzar a disparar contra el juez, pero un municipal imprevistamente, aparece en la esquina regulando el caótico tráfico. Hay que esperar.

El conductor del automóvil del magistrado continúa lentamente su marcha, parando a cada momento, ajeno a lo que se le viene encima. La moto del comando que le persigue no le pierde de vista. El coche para, por fin, en un semáforo en rojo. Delante del coche hay suficiente espacio para, en un acelerón, poner distancia de por medio y meterse por una bocacalle sin tráfico, y desde allí perderse en una gran avenida que llega hasta Plaza de Castilla.

Es el momento, ésta es la oportunidad. La moto que conduce Juan Mari, experto y ágil motorista aficionado a las carreras, y Julen pistola en mano bajo su cazadora negra ocupando la parte trasera del asiento de la moto, se acercan hasta la altura del coche oficial. En un gesto rápido Julen alza con la mano izquierda la visera de su casco para tener mejor visión del objetivo a abatir, y saca al mismo tiempo con su mano derecha la pistola oculta en su bolsillo y apunta hacia la cabeza del magistrado que lee distraídamente sin reparar en esta moto con dos sujetos dispuestos a acabar con su vida.

Argia descarga todo el cargador de su Smith&Wesson en la sien, el cuello y el pecho del juez.

Inmediatamente la cabeza del hombre cae inclinada sobre el respaldo del asiento y un borbotón de sangre mancha la tapicería del automóvil. El conductor del magistrado no puede sino volver la mirada hacia atrás y ver cómo, irremediadamente, el insigne jurista se desangra en el asiento posterior. Entre tanto, la moto, de gran cilindrada, le sobrepasa por la izquierda a gran velocidad. Culebrea entre los coches y gira a la derecha para tomar una bocacalle desierta hasta alcanzar, tras varias calles secundarias, el bulevar de Alberto Aguilera y desde allí, sin parar apenas en algún semáforo en rojo, por la calle de Bravo Murillo llega hasta la plaza de Castilla, donde Aritz ya ha puesto el automóvil en marcha.

Antes de que las radiofrecuencias de la policía adviertan de la comisión de un crimen en el centro de Madrid, Argia y sus colegas han salido de la ciudad y están próximos al pueblo de Colmenar Viejo. Desde allí, y hasta su casa refugio, les resta poco menos de media de hora.